SHERLOCK CACATÚA

THE FEATHERED DETECTIVES CLUB

La estatua que bailaba

Un caso de Plumolandia que no está en el libro.

por J.P. Brocca



Sherlock Cacatúa estaba disfrutando un día de sol en su jardín, atando con hilo sus plantas de tomate, cuando escuchó que golpeaban la puerta. Era su buen amigo y curador del Museo de Plumolandia, Oscar el pato.

—¡Hola, Sherlock! Necesito tu ayuda con un caso rarísimo.

—Por supuesto, Oscar. ¿Cuál es el problema?

—Bueno, tenemos una exhibición nueva en el museo. Es una hermosa estatua de un cisne. ¡Y todas las noches se pone a bailar sola!

—¿¡Baila sola!? Eso no lo vi nunca en mi vida.

Sherlock se puso su gorro de pensar.

—¡Tomo el caso!

Esa noche fueron al museo y se escondieron detrás de una planta grande a mirar.

En el banco del salón el guardia terminaba de cenar. Se levantó, se sacudió las migas del uniforme y se fue a hacer su ronda.

—Mañana va a tener que barrer todo eso —susurró Sherlock.

—Eso es lo raro —susurró Oscar—. De noche nadie limpia ese salón. Y a la mañana no queda ni una miga.

Entonces un reloj empezó a dar las doce en algún lugar de la oscuridad.

Y el cisne se movió.

Se inclinó hacia un lado, y después hacia el otro. Giró un poco, se tambaleó, y se quedó quieto, corrido de donde estaba.

A Sherlock se le pararon todas las plumas y se agarró del borde de la maceta.

Esperaron. No pasó nada más. Oscar ya se estaba levantando para irse cuando el cisne se movió otra vez: se inclinó, giró, se tambaleó, y quedó exactamente donde estaba al principio.

—¡Un fantasma! —susurró Oscar—. ¡Todos dicen que este edificio está embrujado!

—Puede ser —susurró Sherlock, que todavía tenía las plumas paradas—. Pero quiero saber una cosa: si tu fantasma llega siempre a la misma hora.

A la mañana siguiente le hizo tres preguntas al guardia y anotó las respuestas en su libreta.

1. Pasa siempre a la medianoche.
2. El guardia nunca lo vio a ninguna otra hora.
3. A la mañana el cisne está siempre de vuelta en su lugar.

—Una cosa que pasa siempre a la misma hora tiene cuerda —dijo Sherlock—. Tiene que haber una llave.

Le dio una vuelta completa al cisne buscándola. No había ninguna. Lo golpeó con el ala, y sonó como una tetera vacía. Empujó el borde de la base y el cisne se inclinó y se tambaleó igual que la noche anterior.

—Me equivoqué —dijo Sherlock—. No tiene cuerda. Está hueca, y se mueve con nada.

—Un fantasma hace lo que quiere, cuando quiere —dijo Sherlock—. Esto pasa siempre a la misma hora, todas las noches. Eso no es un fantasma: eso es alguien con un horario, como el tuyo para ir a trabajar.

La noche siguiente volvió con una bolsa de harina y la espolvoreó formando un anillo alrededor de la estatua.

Esperaron. A la medianoche el cisne bailó otra vez. Sherlock esperó a que se quedara quieto y encendió su linterna.

—Oscar, ven a ver —dijo en voz baja—. Hay algo aquí que no estaba cuando llegamos.

En la harina había una hilera de huellitas, unas más grandes y otras más pequeñas. Y entre las huellas, de una punta a la otra, iba una rayita finita y larga, como si alguien hubiera arrastrado un hilo detrás.

Así que esto era lo que tenía. Un cisne hueco que se movía a la medianoche, huellas de muchos tamaños con una rayita finita detrás, y un piso que amanecía sin una sola miga.

No daban la vuelta alrededor de la estatua. Iban derecho por debajo.



Tu turno, detective:

¿Qué te parece que hay debajo de esa estatua?

A Sherlock se le torció el gorro de pensar. Debajo, la cresta se le abrió y le levantó el gorro entero, como se levanta la tapa de una tetera cuando el agua rompe a hervir.

—¡Por mis plumas, lo tengo!

Se arrodilló al lado de la base.

Debajo del borde había un agujerito redondo. Después, dos bigotes que se movían. Y después, una naricita rosada.

Del agujero salió una ratona, y detrás de ella salieron cinco ratoncitos. Al ver a Sherlock se quedaron todos muy quietos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Sherlock—. Buenas noches.

—¡Lo sentimos muchísimo! —chilló la ratona más grande—. No queríamos causar problemas.

—No tienen que pedir perdón —dijo Sherlock—. Lo que quiero es entender. ¿Por qué la mueven?

La ratona señaló el agujero.

—Esa es nuestra puerta de entrada —dijo—. Siempre lo fue. Y entonces pusieron al cisne encima. Cuando el guardia se va a hacer su ronda salimos, juntamos hasta la última miga que se le cayó, y entramos antes de que vuelva. Somos pequeños, así que la empujamos de un lado y del otro. Por eso se menea así. Las dos veces la dejamos exactamente como la encontramos.

A Oscar se le abrió el pico.

—¡Entonces las migas eran ustedes! —exclamó—. ¡Y encima siempre la dejaban en su lugar!

—No queríamos molestar.

Oscar miró el agujero. Después miró al cisne.

—Le pusimos el cisne justo encima de su casa —dijo.

—Así es —dijo Sherlock.

—Y ellos lo movieron todas las noches para no molestarnos.

Sherlock dijo que sí con la cabeza.

—Estaban aquí primero, Oscar.

Oscar se quedó mirando la base un momento más. Después se le abrieron los ojos.

—¡Tengo una idea! —dijo, y se agachó a contársela.

Cuando terminó, los seis ratones dijeron que sí al mismo tiempo.

Después fue a buscar al carpintero.

Hoy el cisne está parado sobre una base con una puertita redonda recortada en un costado, y arriba de la puerta hay un cartelito de bronce, igual que los de todas las otras piezas, que dice LA FAMILIA QUE ESTABA AQUÍ PRIMERO.

Y esa era la idea de Oscar: que los ratones siguieran haciendo bailar al cisne, pero ahora para divertir a los visitantes. Todas las tardes, a las cinco en punto, la gente hace fila en

el salón y deja migas al lado de la puertita. El cisne se inclina, gira, se tambalea, y todos aplauden. ¡Los ratones nunca comieron tan bien!

Una de esas tardes Sherlock volvió a verlo, con su té de las cinco en el ala. Cuando terminó la función, la ratona más grande quiso salir por la puertita para saludarlo. Sacó la cabeza, empujó con las patas, y se quedó atascada.

—¡Felicitaciones por el trabajo nuevo! —dijo Sherlock—. ¿Necesitas ayuda para salir?

—¡Sí, pero lo que más necesito es que dejen de traer tantas migas! —dijo la ratona, y todos se echaron a reír mientras Sherlock la sacaba.